

UN CANON DE POÉTICA HISTÓRICA
Leyendas de amor trágico en la Antigüedad y el Clasicismo

VICENTE PUCHADES FERRER
Universidad de Málaga

Recepción: 5 de diciembre de 2020 / Aceptación: 14 de febrero de 2021

Resumen: Ovidio y Lorenzo Valla, dos autores separados por catorce siglos, escriben sobre el amor trágico. Sus narraciones comparten argumento y protagonistas: dos jóvenes adolescentes que deciden vivir su amor en libertad, lejos de imposiciones, y terminan en fatal desenlace. Ovidio en sus *Metamorphosis* incluye la leyenda de Píramo y Tisbe; a su vez, Lorenzo Valla en *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae Libri tres* introduce la historia que da nombre a la Peña de los Enamorados en Antequera. Trataremos una comparativa con elementos comunes y diferencias como formantes de un canon de Poética histórica.

Palabras clave: Poética histórica, leyendas, amor y muerte.

Abstract: Ovid and Lorenzo Valla, two authors separated by fourteen centuries, write about tragic love. Their narrations share plot and protagonists: two young teenagers who decide to live their love in freedom, far from impositions, and end fatally. Ovid in his *Metamorphosis* includes the legend of Pyramus and Thisbe; in turn, Lorenzo Valla in *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae Libri tres* introduces the story that gives its name to the Peña de los Enamorados in Antequera. We will treat a comparison between common and different elements and how this forms of a canon of Historical Poetics.

Keywords: Historical Poetics, legends, love and death.

El más universal de los poetas andaluces del pasado siglo, Federico García Lorca, en uno de sus poemas incluido en *Sonetos del Amor Oscuro* escribe: «Quiero llorar mi pena y te lo digo / para que tú me quieras y me llores / en un anochecer de ruiseñores / con un puñal, con besos y contigo. /... Que lo que no me des y no te pida / será para la muerte, que no deja / ni sombra por la carne estremecida». No encontramos mejor introducción, ni mejor definición, para el tema que a continuación vamos a tratar: cómo ven el amor que no concibe la vida sin el otro dos autores separados por catorce siglos que escriben en Italia, uno en Roma y otro en Nápoles, sobre leyendas lejanas, una proveniente de la antigua capital de Asiria y la otra del reino nazarí de Granada.

Veremos dos textos breves, incluidos en libros de mayor extensión, que comparten tematología y tuvieron gran influencia posterior: el primero en las *Metamorfosis* de Ovidio, escrito sobre el cambio de Era, en tiempos del emperador Augusto, donde elegimos la historia de Píramo y Tisbe, jóvenes de Nínive a los que sus padres no consienten el matrimonio; el segundo en la *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae Libri tres*, escrito en Nápoles por Lorenzo Valla, un humanista del Renacimiento italiano, a mitad del siglo xv, donde encontramos la leyenda de los amantes de la Peña de los Enamorados en Antequera. Cada escritor enfoca el tema desde su particular estilo y punto de vista, pero ambos comparten protagonistas, principio y desenlace: son dos jóvenes adolescentes que deciden huir de sus familias porque les prohíben su amor sincero, y, con circunstancias muy diferentes en cada caso, al final, ellos mismos deciden morir juntos y permanecer unidos eternamente. Las dos historias son las primeras escritas de cada leyenda, sin que podamos saber de los antecedentes y suponiéndoles una tradición oral; después vendrán distintas versiones y ejercerán una influencia importante en el Romanticismo y hasta hoy en día.

Sobre los acontecimientos Ovidio no da información cronológica ni tampoco cita lugar, aunque cuando describe la vecindad de los jóvenes dice que sus familias: «... ocupaban dos casas contiguas, allí donde se dice que Semiramis ciñó de muros de tierra cocida su elevada ciudad» (IV, 55-60); esto nos sitúa en Nínive y queda ratificado cuando los amantes se citan junto al sepulcro de Nino (IV, 85-90) —rey fundador de la ciudad y esposo de Semiramis, que edificó Babilonia—. No sabemos cuándo sucedieron los hechos, pero sí debieron ser anteriores a que Nínive fuera asolada en el 621 a. C. por babilonios y persas. Tampoco tenemos certeza sobre cómo esta leyenda de tradición oral llegó a Roma, quizás traída por los legionarios de Pompeyo que en el siglo I a. C. combatieron contra Mitrídates o Antíoco en Oriente.

La transmisión oral ofrece dos versiones, una citada por Westermann —probablemente la más antigua— donde los dos amantes se unieron antes del

matrimonio y ella quedó encinta y desesperada se suicida, él al saberlo se quita también la vida; los dioses se apiadaron de ellos y los convirtieron en agua: Píramo, en un río en Cilicia, y Tisbe, en una fuente que es su afluente (Ruiz de Elvira, 1982: 523; Grimal, 2007: 430). La versión que nos legó Ovidio es la primera en escribirse, también la más conocida e influyente —de donde beben las posteriores: Higino, Shakespeare, etc.—; en ella el insignificante cambio del color de las moras se justifica en una emotiva historia pasional y trágica. Dentro de las *Metamorfosis* es un tema singular, quizás uno de los pocos que no proviene de Grecia —no aparece en Apolodoro ni en otros mitógrafos helenísticos— y trata sobre personas que no tienen relación alguna con dioses o héroes, por tanto, no pertenecen a la mitología.

Los dos jóvenes eran los más bellos que tenía Oriente; la vecindad hizo que se conociesen desde niños y al crecer surgió el amor. El poeta nos señala que: «ellos habrían querido celebrar la legítima unión de la antorcha nupcial, pero se opusieron sus padres» (IV, 60-65). Ovidio, desconociendo el antiguo ritual babilónico para los esponsales, utiliza el modelo griego de forma simple y sin entrar en detalles. El matrimonio se basa en un acuerdo entre los padres de los contrayentes donde a estos no se les pregunta por su consentimiento; la novia aporta una dote y pasa de la casa paterna a la de su esposo; esta transferencia de la novia se realiza mediante una procesión nocturna de los novios acompañados de familiares y amigos, donde la madre de la novia lleva una de las antorchas (Lissarrague, 1994: 187). Es una tradición ancestral que se mantiene en la Atenas del siglo v a. C.; Eurípides, cuando Agamenón engaña a su mujer con la ficticia boda de Ifigenia con Aquiles y le ordena que vuelva al palacio de Argos, pone en boca de Clitemnestra: «Pero está bien que yo, que la dí a luz, entregue a mi hija» (IA, 736-737). Ovidio, en ningún momento, deja señalado el motivo de la oposición de los padres a este matrimonio, y, aunque sabemos que el enlace debía realizarse dentro de la misma clase social, el ser vecinos anticipa que así era, sin embargo la valoración de la dote podría ser motivo de conflicto o, quizás, alguna querrela anterior (Leduc, 1994: 253).

Los enamorados se comunican a través de una delgada y antigua grieta que tenía la pared medianera de sus casas y un día acuerdan engañar a sus guardianes y, extramuros, encontrarse junto a la tumba del fundador de la ciudad, donde un moral estaba cuajado de frutos blancos junto a un manantial (IV, 85-90).

De noche, Tisbe es la primera en acudir a la cita con la cabeza cubierta por un velo, como la contrayente en un enlace nupcial —descubrirse la novia es parte de la ceremonia matrimonial (Lissarrague, 1994: 189)—. El lugar de la reunión está lleno de significado: una fuente y un árbol fecundo simbolizan la vida y el monumento funerario del mítico rey fundador de la ciudad actúa como testigo. Los dos enamorados están rompiendo la norma social y no solo lo hacen de forma clandestina, también es fuera de los muros de la ciudad, lejos

de la protección de la civilización. Ella espera a Píramo junto al manantial y siente la llegada de una leona que después de haber matado a unos bueyes acude a beber con las fauces ensangrentadas (IV, 95-100). La barbarie viene simbolizada por esta fiera que representa lo salvaje frente a lo civilizado. La muchacha asustada abandona el lugar para esconderse y en su huída el velo que cubre su rostro se desprende y cae a tierra; la leona calma su sed en la fuente y cuando encuentra la prenda de la pureza de Tisbe la desgarró y ensangrienta (IV, 100-105) en un augurio de tragedia.

Llega Píramo y ve en el suelo las huellas de la fiera, después encuentra el velo que le anuncia funestos presagios y dice: «... mi alma es culpable; yo he sido quien te he perdido, infortunada, yo que te he mandado venir de noche a un lugar terrorífico» (IV, 110-115). Él se siente responsable de haber conducido a su amada a su fin, coge el velo del suelo, va junto al árbol y allí desenvaina la espada y se quita la vida. La sangre brota con fuerza y tiñe de púrpura los frutos blancos del moral. Vuelve Tisbe al lugar de la cita y encuentra el cuerpo inerte de su amado, lo abraza, llora y recibe su última mirada; ella exclama: «¡Tu propia mano y tu amor te han dado muerte, infortunado!... Iré tras de ti... y de tu muerte se dirá que he sido yo trágica causa y compañera... ni aun la muerte podrá arrancarte de mí» (IV, 145-155). Cada uno de los amantes se siente culpable de la suerte del otro.

Dos súplicas salen de sus labios: la primera, a los padres para que los sepulten juntos; y, la segunda, a los dioses para que el árbol dé frutos negros en señal de luto. Después utilizando la misma espada ensangrentada queda sin vida junto a su amado. Sus conmovedoras peticiones se cumplieron, el fruto maduro del moral es negro y sus cenizas descansan en la misma urna.

Ovidio consigue los dos objetivos del *Arte poética* de Horacio: «Los poetas [...] dicen lo que es ameno e idóneo para la vida». Encontramos el *delectare* en un latín exquisito y en una emocionante historia, donde el desarrollo de la acción —incluye la fatalidad y la torpeza— y las emotivas palabras de los amantes nos llevan a una *aisthesis* aristotélica llena de triste compasión. El *docere* se mueve entre los legítimos y espontáneos sentimientos de los jóvenes enamorados frente al orden social que regula el matrimonio y queda establecido bajo la obediencia a los padres; y, por otro lado, tenemos el enfrenamiento de la civilización —la ciudad y las murallas protectoras— frente a la barbarie. En este terreno de lo salvaje el hombre está indefenso. Al ver el velo ensangrentado, los propios miedos y la imaginación le presentan a Píramo con certeza la muerte de Tisbe y un impulso irracional le conduce a lo irremediable. El amor más sincero y natural entre los jóvenes ha sido más letal que una fiera asesina. El poeta concluye con la compasión de los dioses y los padres. ¿Era necesario este sacrificio para lograr la reconciliación entre las familias?

Lorenzo Valla es un humanista del *Quattrocento* que aspira al Secretariado apostólico con poco éxito y en 1442 se ofrece al rey de Nápoles, Alfonso v, conocido por el Magnánimo, y entra a su servicio como secretario. En la corte una de las actividades de Valla es escribir la historia de la dinastía reinante, que tiene su inicio en el padre del monarca, el infante de Castilla Fernando de Trastámara, también llamado de Antequera por la conquista de la plaza, y coronado rey de Aragón tras el Compromiso de Caspe en 1412. La obra se titula *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae Libri tres*, donde en el capítulo xv, sobre escaramuzas fronterizas en la toma de Antequera, se aprovecha para incluir la historia de los amantes de la Peña de los Enamorados.

Como dice Menéndez Pelayo, hay una poesía fronteriza del reino de Granada que no se agotó en romances viejos y populares; algunas leyendas sirvieron de tema a novelas, dramas y otras composiciones de apacible entretenimiento (1944: 153), como la que nos ocupa. La inclusión de esta historia en la obra de Valla es el primer testimonio escrito de la misma y constituye una presencia en el romancero fronterizo del amor entre sujetos de distinta religión. Hay una dificultad en establecer una génesis histórica y legendaria con base textual anterior al libro de Valla por las difíciles relaciones entre un material disperso y en parte desconocido, además de la enorme variabilidad en esta leyenda que complica establecer sus líneas esenciales (Lara, 1984; Jiménez, 1996).

La narración se inicia sin cronología ni nombres en la presentación de los jóvenes; solo sabemos que él es un hispano capturado como prisionero en la guerra o algún pillaje y que lleva dos o tres años sirviendo a un señor que le confió los asuntos públicos y domésticos en la Granada nazarí; y ella la hija de este señor (120, 4-5). El autor utiliza la palabra «prisionero», que sabemos que es el primer paso de un proceso de cautiverio que concluye en esclavitud si no se realiza el pago de su liberación. En el texto queda indefinida la posición del hispano, no sabemos si es «siervo», «cautivo» o «criado»; parece más este último término, que puede incluir a esclavos comprados en el mercado, pero también a personas libres asalariadas provenientes de capas sociales de pobreza, orfandad o marginación (Martín Casares, 2000: 25).

No existían diferencias sustanciales a un lado u otro de la frontera; había una costumbre sobre la esclavitud difusamente regulada en *Las Partidas* de Alfonso x que establecía como causa: «primera a los que se cautivan en tiempos de guerra siendo enemigos de la fe» (iv, 21, 1), lo que establece que no puede haber esclavos de la propia religión y sí de la otra. Hacemos referencia a este cuerpo legal porque, a pesar de publicarse a mediados del siglo xiii, se mantiene vigente en la *Real Cedula*, firmada en las Cortes de Toro de 1505, y en la *Nueva Recopilación* de 1567, en tiempos de Felipe ii. Lo que crea un arco temporal que incluye sobradamente una supuesta cronología de la leyenda en

tiempo anterior a la toma de la plaza de Antequera en 1410 y que, probablemente, situaría la historia en algún hecho real sucedido en el siglo XIV. La visión árabe de la esclavitud no es muy diferente, al capturado como rehén en una guerra legítima se le denomina *raqiq* («inferior»), carece de autonomía personal y pertenece por completo a su dueño (Mesned Alesa, 2007: 201).

Cuando Valla inicia la acción no oculta la mentalidad general de la sociedad cristiana de menosprecio hacia los musulmanes, que eran enemigos de la fe y esclavizaban al cristiano apresado en la guerra —igual y recíproca consideración tenían en la Península los musulmanes sobre los cristianos—; un ejemplo de esto es la tradición de destinar en los testamentos un dinero para financiar la «Cruzada» y también para redimir cristianos esclavizados por los musulmanes (Franco Silva, 1992: 25). En las causas del enamoramiento se señala la belleza de ambos jóvenes, pero es ella la que toma la iniciativa al ser atraída por el físico, las buenas palabras o las buenas maneras del joven y lo seduce; él consiente admirado por la belleza y elegancia de ella (120, 5). Los dos saben que la relación es peligrosa para ambos al ser ella noble y él siervo y puede ocasionarles la muerte. La Ley VI de *Las Partidas* describe como norma de derecho: «Completo poder tiene el señor sobre su siervo para hacer de él lo que quisiere, pero con todo esto no le debe matar ... fuera de si lo hallase con su mujer o con su hija». Por otro lado, desde el Derecho Romano, el *pater familias* tenía completa potestad sobre las mujeres a su cargo, sin que quede contradicho en el Corán. El matrimonio en Al-Andalus tenía similar relevancia y transcendencia social que en la parte cristiana de la Península; para más detalles, recomendamos leer la tesis de Mesned Alesa, donde se detallan acuerdos entre familias, dote y ritual.

Ha quedado planteada la inferior *virtus* de ella al ser seductora de un hombre de muy inferior clase social y distinta religión, en confrontación con las normas de decoro exigidas a las mujeres en su comunidad. Cuando los enamorados deciden huir el autor incluye una consideración personal: «... el joven por razones más honestas, porque escapaba para ir con los suyos, mientras que ella escapaba de su casa, salvo que hubiere razones religiosas, cosa que no creo...» (120, 5). Esta introducción de la duda religiosa, quizás, a ella la hubiese justificado; pero en ninguna frase se deja constancia de labor evangelizadora del cristiano, y la causa de la fuga obedece en exclusiva a la pasión amorosa.

En su huida, los jóvenes habían llegado cerca de Antequera y se detienen a descansar. Entonces observan que les persigue el padre de ella con un pequeño séquito. Como única defensa escalan hasta la cima de la peña. Cuando los perseguidores llegan a corta distancia y los enamorados pueden oírles, el padre se dirige a ellos furioso y fuera de sí, los insulta y amenaza de escarmiento si no le obedecen y bajan (121, 7). Aquí él habla en su condición de cabeza de

familia y señor absoluto que ejercía su autoridad sin límites con estatus de juez sobre las personas a su cargo; su mujer y sus hijos debían estar disponibles para servirlo en cualquier momento y le profesaban el mayor de los respetos (Lévi-Provençal, 1956: 288), tenemos que incluir también a todo el personal que trabaja en la casa, libres o esclavos.

Los hombres que acompañaban al padre, más piadosos con los jóvenes, les aconsejan que obedezcan, bajen y se postren a los pies de su señor y padre y le supliquen perdón. Los enamorados no hacen caso de órdenes ni consejos, no sabemos si por su confianza en la seguridad, al estar en lo alto de la peña, o por miedo al castigo. No cabe duda de que la sociedad islámica no consentía que una mujer musulmana fuera cautivada por cristianos, habiendo testimonios de expediciones militares de rescate (Mesned Alesa, 2007: 189). Añadimos a esta consideración la vergüenza que sobreviene a toda la familia si una de sus mujeres se desvía del buen camino o es secuestrada; este deshonor que ella ocasiona es insoportable si es cometido por un extranjero (Mesned Alesa, 2007: 88), sin valorar la situación de que en caso de raptó ella consienta o no, en cualquier caso siempre es culpable.

Los jóvenes, ante el cerco al que están sometidos, se defienden arrojando piedras desde lo alto, por lo que el padre decide pedir ayuda militar, sobre todo saeteros, al pueblo vecino —Antequera o Archidona—. Cuando llega esta tropa los enamorados se saben definitivamente perdidos y abandonan toda esperanza; van a sufrir suplicios y afrentas si no mueren atravesados por las flechas; deciden entonces abrazarse y saltan al vacío. Sus cuerpos unidos caen desde el precipicio, se golpean contra las rocas y rodando mueren (121, 8-9). Tal y como quedaron sus cuerpos, juntos, se les dio sepultura y la peña recibió el nombre que conocemos, y que mantiene hasta hoy en día, para conmemorar los hechos.

Valla en la reflexión final hace una consideración más orientada por su ambición al Secretariado pontificio que por los sentimientos humanos, cuando dice sobre los jóvenes: «que no fueron merecedores de la misericordia de Dios... y que ni uno ni otro en el momento supremo pensaron en la bondad de Dios» (122, 12).

Desconocemos qué noticias llegaron a cada autor sobre la leyenda respectiva, si había alguna composición previa más o menos extensa no lo sabemos. El resultado final sí lo tenemos a la vista y queda añadido en el anexo.

Como excelso poeta que es, Ovidio compone un texto emocionante dando voz a los jóvenes; cada uno de ellos manifiesta al lector sus sentimientos íntimos antes de encontrarse con la muerte. Primero, Píramo hace un enfrentamiento entre el amor y la muerte para que venza el más fuerte, uno conduce al otro porque los llevamos dentro escondidos, secretos, invisibles, los vivimos

y sufrimos (Gurméndez, 1985: 159). El joven cuando se imagina la pérdida de su amada nos enseña sus miedos y remordimientos; su desesperación le lleva a pedir a las fieras que lo devoren (IV, 105-115), pero la determinación le impulsa a unir las dos sangres —la suya y la de Tisbe— en una sola, después de derramar lágrimas y besar el velo desgarrado. Poco después, cuando Tisbe descubre el cuerpo de su amado, nos confiesa de viva voz su decisión de acompañarlo, de no separarse de él incluso tras la muerte. Se manifiesta una apreciación cuando dice que a ella se la hará culpable de la muerte de él, pero su mano y su amor no son menos fuertes para empuñar la espada y seguirle (IV, 145-155). Cuando muere otra persona también se muere parte de nosotros mismos, algo se va definitivamente (Gurméndez, 1985: 165) y en el caso de los enamorados el vacío es tan grande que la propia vida pierde sentido.

Valla escribe su historia de los jóvenes con los mismos recursos que utiliza como cronista narrando las hazañas políticas y militares del padre de su mecenas. Aquí los amantes son anónimos —no tienen nombre— y se desconocen sus sentimientos íntimos. Según la narración, ellos, al entregarse a la vida amorosa empujados por el fluir de su sangre, tienden a confundirse, a abalanzarse ciegamente sin reflexionar. La búsqueda del amor es una meta ideal y un objetivo en la vida (Gurméndez, 1985: 130), que en este caso comparten tanto él como ella; aunque el autor siempre arroje una sombra de sospecha confusa sobre el más honesto cristiano, primero, cuando dice que más que amarla a ella busca volver a su tierra (120, 5), y en la conclusión apunta que actuó de forma audaz aunque torpe: debía haber huido solo, sin ella; hubiese ido más rápido y en caso de ser capturado podría tener la esperanza de ser perdonado (122, 12). Aquí vemos las consideraciones de un cronista militar que no se detiene en apreciaciones referentes a los sentimientos de los enamorados, ni una palabra sobre el impulso que condujo a los jóvenes a realizar su huida, ¿qué proyectos, qué ideas, qué sueños quisieron realizar? Valla se detiene más en las circunstancias del asedio, las palabras del padre y sus acompañantes, la petición de refuerzos... Vemos a los enamorados sitiados como en Masada o Numancia. El cronista toma esta leyenda como una anécdota dentro de toda la campaña militar de don Fernando y le da un tratamiento castrense. No hay interés en los jóvenes, nada sobre sus obligadas indecisiones o sus miedos al sentirse sin salida en lo alto de la peña, ¿cómo tomaron la decisión de saltar al vacío? El objetivo de su libro no estaba en esto, precisamente.

Como nos dice Cervantes por boca de don Quijote: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos [...] Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida». Y podríamos añadir que también por el amor.

Anexo 1

OVIDIO (1997): *Metamorfosis*, Libro IV, Círculo de Lectores, Barcelona, pp. 108-111. Traducción y notas de Antonio Ruiz de Elvira.

(55) Píramo y Tisbe, el uno el más bello de los jóvenes, la otra sobresaliente entre las muchachas que tenía el Oriente, ocupaban dos casas contiguas, allí donde se dice que Semíramis ciñó de muros de tierra cocida su elevada ciudad. La vecindad les hizo conocerse y dar los primeros pasos; con el tiempo creció (60) el amor; ellos habrían querido celebrar la legítima unión de la antorcha nupcial, pero se opusieron los padres; mas, y a eso no podían oponerse, por igual ardían ambos con cautivos corazones. Ningún confidente hay entre ellos, por señas y por gestos se hablan, y cuanto más ocultan el fuego, más se enardece el fuego oculto. La pared medianera de ambas casas estaba (65) hendida por una delgada grieta que se había producido antaño, durante su construcción. El defecto, que nadie había observado a lo largo de los siglos –¿qué no notará el amor?–, vosotros, amantes, fuisteis los primeros en verlo, y lo hicisteis camino de vuestra voz; y así solían pasar seguras a su través, y en tenue (70) cuchicheo, vuestras ternezas. Muchas veces, cuando de una parte estaba Tisbe y de la otra Píramo, y habían ellos percibido la respiración de sus bocas, decían: “Pared envidiosa, ¿por qué te alzas como obstáculo entre dos amantes? ¿Qué te costaba permitirnos unir por entero nuestros cuerpos (75), o, si eso es demasiado, ofrecer al menos una abertura para nuestros besos? Pero no somos ingratos; confesamos que te debemos el que se haya dado a nuestras palabras paso hasta los oídos amigos”.

Y después de hablar así en vano y separados como estaban, al llegar la noche se dijeron adiós, y dio cada uno a su parte besos (80) que no llegaron al otro lado. La aurora siguiente había ahuyentado las nocturnas luminarias, y el sol había secado con sus rayos las hierbas cubiertas de escarcha; se reunieron en el lugar de costumbre. Y entonces, después de muchos lamentos murmurados en voz baja, acuerdan hacer en el silencio de la noche la tentativa de engañar a sus guardianes y salir de sus puertas, y, (85) una vez que estén fuera de sus hogares, abandonar también los edificios de la ciudad; y, para evitar el riesgo de extraviarse en su marcha por los anchos campos, reunirse junto al sepulcro de Nino y ocultarse a la sombra del árbol. Un árbol había allí, cuajado de frutos blancos como la nieve, un erguido moral, situado (90) en las proximidades de un frío manantial. Este plan adoptan; y la luz del día, que les pareció tardar en alejarse, se arroja a las aguas, y de las mismas aguas sale la noche. Hábilmente en medio de las tinieblas hace Tisbe girar la puerta en su quicio, sale, (95) engaña a los suyos, con la cara tapada llega a la tumba, y se sienta bajo el árbol convenido; el amor la hacía atrevida. He aquí que llega una leona con el hocico espumeante embadurnado de sangre de unos bueyes

que acaba de matar, y con la intención de apagar su sed en las aguas de la vecina fuente. La babilonia (100) Tisbe la vio de lejos, a los rayos de la luna, y con pasos asustados huyó a una oscura cueva; y al huir, cayó de su espalda un velo que dejó abandonado. Una vez que la feroz leona hubo aplacado con abundante agua su sed, al volver al bosque se (105) encontró el tenue velo sin su dueña, y con su boca ensangrentada lo desgarró. Píramo salió más tarde, vio en el espeso polvo huellas seguras de una fiera, y palideció su semblante entero; pero cuando encontró también la prenda teñida en sangre, dijo: “Una sola noche acabará con los enamorados; de los dos, ella era la (110) más digna de una larga vida, mientras que mi alma es culpable; yo he sido quien te ha perdido, infortunada, yo que te he mandado venir de noche a un lugar terrorífico, y no he venido aquí el primero. Despedazad mi cuerpo y devorad a fieros mordiscos estas vísceras criminales, oh leones todos que habitáis bajo esta (115) roca. Pero es de cobardes desear la muerte”. Coge del suelo el velo de Tisbe, lo lleva consigo a la sombra del árbol de la cita, y después de dar lágrimas y besos a la conocida prenda, dice: “Recibe ahora también la bebida de mi sangre”. Y hundió en sus (120) ijares el hierro que llevaba al cinto, y sin tardanza se lo arrancó, moribundo ya, de la ardiente herida, quedando tendido en tierra boca arriba; la sangre salta a gran altura, no de otro modo que cuando en un tubo de plomo deteriorado se abre una hendidura, que por estrecho agujero que silba lanza chorros de agua y (125) rasga el aire con su persecución. Los frutos del árbol toman, por las cruentas salpicaduras, un tinte oscuro, y la raíz, humedecida en sangre, matiza de color de púrpura las moras que cuelgan.

He aquí que, sin estar libre de miedo todavía, pero para no hacer defección a su amante, vuelve ella, busca al joven con los (130) ojos y con el alma, y arde en deseos de contarle el enorme peligro de que se ha librado; y si bien reconoce el lugar y la forma del árbol que ha visto, con todo la hace dudar el color del fruto; se queda perpleja sobre si será el mismo árbol. Mientras vacila ve que unos miembros temblorosos palpitan sobre el suelo ensangrentado; retrocedió, y con el semblante más pálido (135) que el boj sufrió un estremecimiento semejante al del mar que susurra cuando una leve brisa roza su superficie. Mas una vez que, poco después, reconoció a su amor, se maltrata con sonoros golpes los brazos que no lo merecían, se arranca los cabellos, y abrazando el cuerpo amado inundó de lagrimas sus (140) heridas y mezcló su llanto con la sangre; y estampando sus besos en el rostro helado gritó: “Píramo, ¿qué desventura me ha dejado sin ti? Píramo, respóndeme; es tu adorada Tisbe quien te llama: escúchame y yergue tu cabeza abatida”. Al nombre de (145) Tisbe levantó Píramo los ojos, sobre los que gravitaba ya la muerte, y después de verla a ella los volvió a cerrar. Cuando ella reconoció su prenda, y vio el marfil desprovisto de su espada, exclamó: “¡Tu propia mano te ha dado muerte y tu propio amor, infortunado! Para esto sólo tengo yo también una mano

fuerte, y tengo también amor que me dará fuerzas para (150) herirme. Iré tras de tí, que te has perecido, y de tu muerte se dirá que he sido yo trágica causa y compañera; y tú, a quien sólo la muerte ¡ay! podía arrancarme, ni aun la muerte podrá arrancarte de mí. Una cosa sin embargo os han de pedir las súplicas de los dos, oh infelicísimos padres mío y suyo, que a aquellos a quienes unió un fiel amor y la última hora, no les rehuséis ser sepultados en la misma tumba. Y tú, árbol que con tus ramas das sombra ahora al pobre cuerpo de uno solo, pero pronto la darás a los dos, conserva las señales (160) de nuestra ruina, y ten siempre frutos negros y propios para el luto, en memoria de nuestra doble sangre”. Dijo, y colocando la punta de la espada bien por debajo del pecho, se dejó caer sobre el hierro que aún estaba tibio de la otra sangre. Sus súplicas conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres; pues el color (165) del fruto, una vez que está bien maduro, es negruzco, y lo que resta de sus piras descansa en una única urna.

Anexo 2

VALLA, L. (2002): *Historia de Fernando de Aragón*, Akal, Madrid, pp. 120-122. Edición de Santiago López Moreda.

xv. Escaramuzas fronterizas.

(4) Cierta joven del que no sabemos su nombre ni su patria chica, sólo que era hispano, cogido prisionero en la guerra o en algún pillaje, estuvo sirviendo en Granada durante dos o tres años a un señor que le confió los asuntos públicos y domésticos.

(5) Una hija de este señor se enamoró del joven, ya fuera por su belleza, sus buenas palabras o sus buenas maneras, y lo sedujo, dejándose también él seducir a su vez por la belleza y la elegancia de la joven. Pensando ambos lo mismo y viendo que en aquel tiempo y en el venidero, pues uno era siervo y la otra noble, la relación les resultaría peligrosa a ambos e incluso podría acarrearles la muerte, decidieron huir cuando se presentara la ocasión; pero el joven por razones más honestas, porque escapaba para ir con los suyos mientras que ella escapaba de su casa, salvo que hubiere razones religiosas, cosa que no creo, decidieron llevar a cabo sus planes.

(6) Cuando en su huida llegaron a una peña y la joven, cansada, se puso a descansar, he aquí que su padre con un pequeño séquito, todos a caballo, los iba persiguiendo a toda velocidad. Los enamorados, porque era la única defensa que entonces tenían a mano, se ponen a escalar hasta la cima de la peña por los salientes de la misma.

(7) Al ver el padre a la joven, furioso y fuera de sí, se dirigió a ellos en tono imperativo y hasta insultante ordenándoles que al punto bajaran, con amenazas de que si no lo hacían estaba dispuesto a todo para que sirviera de escarmiento.

Los otros le aconsejaban y pedían al joven, pero sobre todo a la joven, que se postraran a los pies de su señor y padre respectivamente para lograr el perdón antes que el castigo y que no lo exacerbaban aún más. Al no hacer caso los enamorados a las órdenes de uno y los consejos de los otros, todos ellos echando pie en tierra se disponían a subir a la peña, cada uno por un lado, valiéndose no menos de las manos que de los pies;

(8) pero el joven, lanzándoles rocas desde lo alto y recurriendo a todas clases de armas, con piedra y los guijarros arrancados les impedía subir por cualquier lado. Desistiendo del proyecto por miedo, el padre, totalmente fuera de sí, envía a uno del séquito a pedir ayuda al pueblo vecino, y sobre todo saeteros.

(9) A la llegada de éstos, como vieran los enamorados que iban a ser atrapados y que además iban a sufrir toda clase de suplicios y afrentas, qué palabras dijeron y qué lagrimas derramaron no lo sabemos; lo que sí es cierto es que abrazándose estrechamente y, se supone que con un beso, se arrojaron

desde lo alto por el lado aquel de la peña que miraba hacia donde estaba su padre y, sin dejar de abrazarse, cayeron rodando y murieron.

(10) Se dice que, salvo el anciano aquel, todos los que estaban presentes y los que más tarde oyeron el relato lamentaron la suerte de uno y otro, que algunos incluso lloraron sobre los cuerpos inertes y abrazados de los jóvenes, a los que el amor tardó más en abandonar que la vida para que, ya muertos, con aquel abrazo sentido dieran testimonio de que todavía seguían amándose.

(11) Allí mismo, contra la voluntad del anciano, tal como estaban vestidos y abrazados se les dio sepultura y la peña desde entonces recibió este nombre para conmemorar los hechos.

(12) Aunque a mí también me conmueve algo el desenlace de este suceso, creo sin embargo que no fueron merecedores de la misericordia de Dios, porque da la impresión de que la joven lo que hizo fue seguir su pasión amorosa y no su religión, y que el joven fue más audaz a la hora de buscar su libertad valiéndose de un rehén, que sin rehén, siendo éste el motivo de retardar su huída y de encolerizar a sus perseguidores a la vez que perdía la esperanza de ser perdonado. En fin, que ni uno ni otro en el momento supremo pensaron en la bondad de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO X (2011): *Las Siete Partidas*, IV, Título 21, de los siervos, Ley 1, Linkgua, USA.
- APOLODORO DE ATENAS (1993): *Biblioteca mitológica*, Alianza, Madrid. Traducción de Margarita Rodríguez de Sepúlveda.
- EURÍPIDES (1995): *Ifigenia en Áulide*, Gredos, Madrid. Traducción de Carlos García Gual.
- FRANCO SILVA, A. (1992): *Esclavitud en Andalucía, 1450-1550*, Universidad de Granada.
- GARCÍA LORCA, F. (2018): *Sonetos del Amor Oscuro*, Maison Carrée, Alayor-Menorca.
- GRIMAL, P. (2007): *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós, Barcelona.
- GURMÉNDEZ VICTORICA, C. (1985): *Estudios sobre el amor*, Anthropos, Barcelona.
- HIGINIO (2009): *Fábulas*, Gredos, Madrid.
- JIMÉNEZ MORALES, M.^a I. (1996): «La leyenda de la Peña de los Enamorados en textos literarios no dramáticos del siglo XIX», *Revista de Estudios Antequeranos*, 7-8.
- LARA GARRIDO, J. (1984): «En torno a un nuevo romance inédito sobre la leyenda fronteriza de la Peña de los enamorados», *Analecta Malacitana*, VII, 1, pp. 142-148.
- LEDUC, C. (1994): «¿Cómo darla en matrimonio? La novia en Grecia, siglos IX-IV a. C.», en G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- LÉVI-PROVENÇAL, E. (1956): *Hadarat al-“arab fi al-andalus*, Dar Maktabat Al-Haiat, Beirut.
- LISSARRAGUE, F. (1994): «Una mirada ateniense», en G. Duby y M. Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- MARTÍN CASARES, A. (2000): *La esclavitud en la Granada del siglo XVI*, Universidad de Granada.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1944): *Antología de poetas líricos castellanos*, VII, CSIC, Madrid.
- MESNED ALESA, M. S. (2007): *El estatus de la mujer en la sociedad Árabe-islámica medieval entre Oriente y Occidente*, Universidad de Granada.

OVIDIO (1997): *Metamorfosis*, Círculo de Lectores, Barcelona. Traducción y notas de Antonio Ruiz de Elvira.

RUIZ DE ELVIRA, A. (1982): *Mitología clásica*, Gredos, Madrid.

VALLA, Laurentius (1970): *Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae*, Universidad de Valencia. Reimpresión facsímil de la edición de 1521.

VALLA, Lorenzo (2002): *Historia de Fernando de Aragón*, Akal, Madrid. Edición de Santiago López Moreda.